

«ENTRE LITERATURA Y POLITICA»

De Dionisio Ridruejo

Seminarios y Ediciones, S. A. Colección: Hora h. Madrid 1973

Por José María RUIZ GALLARDON

En esta colección de ensayos, artículos y entrevistas que nos ofrece «Hora h.», pendiente siempre de auscultar la actualidad intelectual española del momento, aparece ahora el nombre de Dionisio Ridruejo.

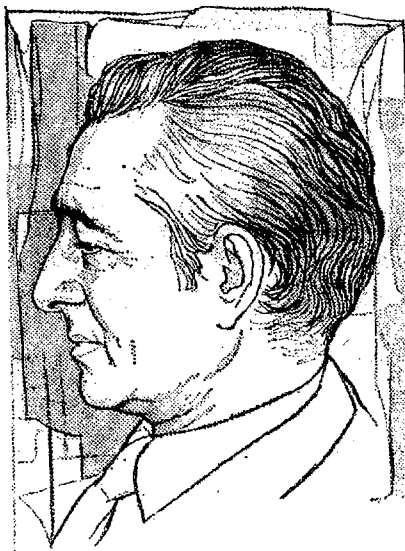
Dionisio Ridruejo es un hombre cabal. Ha sabido adecuar su conducta a los dictados de su conciencia. El mismo nos lo dice, a preguntas de una sagaz periodista, sobre qué es lo que más afecta a un hombre: «en último término, a uno no le afecta más que el fracaso de sí mismo y en sí mismo. El fracaso competitivo le afecta menos. El atropello ya no le afecta nada». Y sigue, «de lo que me siento más satisfecho es de haber mantenido en mi vida una cierta conformidad entre mis ideas y mi conducta. Creo que eso es lo que he hecho. Es de la única cosa de que me jactaría en el juicio final».

Y es verdad. Cualquiera que repase, con ojos limpios, la biografía de Dionisio Ridruejo, esté o no de acuerdo con sus ideas, habrá de convenir conmigo en la profunda sinceridad de su vida. Y en algo más: en un cierto desdén por lo pequeño, por la chapuza, por la insinceridad. Dionisio Ridruejo es, en su andadura humana, ciertamente, un hombre-paradigma. De ahí su especial atractivo, sobre todo para las gentes jóvenes. El, que no es un político de vocación, sino de deber, que acude a la arena de la política armado tan sólo y en último término de su carisma de poeta, es, además, conciencia para muchos de nosotros. Y harán bien nuestros políticos en reflexionar sobre esta presencia de Ridruejo y de sus ideas. Pero vayamos con el libro, veamos el armazón intelectual de su política.

«La mayor equivocación de los españoles es no saber convivir», su «insolidaridad seca». Si partimos de esa premisa y sentimos el quehacer político más como deber que como delectación, «la primera tarea será la reconstrucción de nuestra conciencia civil». Para lograrla, es preciso, urgentemente, superar cualquier tipo de conformismo. A este tema dedica el autor un breve pero esclarecedor ensayo. A esa reconstrucción de la conciencia civil debe aprestarse ante todo la clase dirigente. Que hoy por hoy no cumple con su misión. «Tengo —dice Ridruejo— una idea muy mala de la clase dirigente española, tanto de la económica como de la política. Está compuesta de perezosos que no desean tener que ponerse a prueba. Este país lo que necesita a torrentes es un clima competi-

tivo.» Y, en otro lugar, «el grupo dirigente español está instalado sobre un vicio que es la dispensa de confrontaciones. No hay pruebas de competencia para los dirigentes españoles, políticos y económicos, y ni siquiera son muy buenas las que hay para los profesionales. Y lo malo es que no se desean. Se rehuyen. Es posible que nuestros ministros, banqueros o ejecutivos sean inteligentísimos, pero nadie puede demostrar lo contrario».

Sin embargo, no todo está perdido —«la vida y la esperanza renacen siempre»—. Porque «todo el problema



está en la ecuación entre la resistencia del poder y la presión social». «El país despertará con alguna agresividad y aumentarán sus posibilidades de presión; pero esa presión tendrá que limitarse a la obtención de objetivos posibles. Si todo sucede así entrariamos en una fase de tensiones negociadoras de las que podría salir una solución.»

¿Cuál es la solución deseable para Ridruejo? «Una situación en la que fuera posible la existencia de derechas e izquierdas. Para esa situación desearía que las derechas no fueran cerriles, sino flexibles; es decir, que estuvieran dispuestas a perder cuanto históricamente fuera necesario perder, dispuestas a ceder al adversario cuanto históricamente fuese necesario cederle y a utilizar siempre una estrategia defensiva leal, y por leal entiendo legal y no violenta». Por otra parte, «desearía que hubiera una izquierda racional y no utópica, demócrata y no violenta, ni sanguinaria, ni extremista, sino que tuviera en cuenta las necesidades de resistencia de la parte de la sociedad menos propicia al cambio. Una izquierda, en fin, que se propusiera operar procesualmente den-

tra de una ley de juegos. De esta suerte se llegaría a un sistema democrático, ya que «la democracia es la civilización de nuestro tiempo en su forma política y seguramente en su forma social». Base de la democracia es la libertad, «bien supremo de la vida colectiva» entendida en su aspecto social como «la capacidad o la facultad de ejercer la crítica de la realidad y particularmente de la realidad social desde los presupuestos de las elaboraciones previas de la libertad interior». Esa condición de libertad de crítica, como bien social supremo, se infiere de que «cuando se suprime, la sociedad entra en un sistema de co-

rrupción, porque entra en un sistema de impunidad y mentiras. Es decir, nadie que disponga del destino de los demás, de la riqueza de los demás, puede estar exento de crítica sin peligro de corromperse».

Partiendo de esas premisas, como es lógico, a Roldruejo no le satisfacen plenamente los regímenes socialistas. En efecto, «el socialismo está en un apuro que sólo puede resolverse con una rigurosa invención o reinvención de sus métodos y fines». El error de los modelos que se llaman a sí mismos socialistas «es haber empezado por destruir la democracia política, y no saben como llegar al socialismo genuino —al autocontrol de la sociedad— porque han cometido la imprudencia de creer que podrían llegar a alguna democracia más radical que la burguesa a través de la dictadura». Dictadura que «no es conducente».

Por eso es partidario de un sistema mixto, ya que «en los países en donde el socialismo no ha hecho más que actuar como correctivo del sistema neocapitalista, con una parte de la economía socializada y una ampliación enorme de los sistemas de seguridad social, los resultados parecen buenos. Desaparece la miseria, el fantasma del paro y se amortiguan las tragedias de la enfermedad, el despido, la vejez, etc... Se garantiza un mínimo vital a alto nivel. Y por otra parte, se garantiza también una considerable limitación del poder de los detentadores de los medios de producción, sin que este poder lo herede un peligroso «Estado patrono».

En función de todo ello, Roldruejo dice de sí mismo: «Me afirmo liberal en el orden cultural. Es decir, liberal en el sentido de considerar la crítica a cualquier nivel como un servicio obligatorio de la libertad humana respecto a la sociedad en que se vive. Esto significa limitación y controles del poder. Me declaro, al mismo tiempo, demócrata en cuanto a la forma de organizar y legitimar los poderes. Y me manifiesto socialista moderado o social-demócrata en cuanto a la aspiración a un paulatino cambio social que someta la economía a las necesidades humanas y no pueda convertirla en instrumento de dominación clasista.»

Quizá nos hayamos extendido más de la cuenta —aunque nos hemos propuesto apretar el resumen de sus ideas— sobre los puntos más definitorios para nosotros del pensamiento de Roldruejo. Pero no nos arrepentimos porque creemos que en Roldruejo se encuentran, expuestos con notable claridad y sentido común, definidos no pocos de los vicios de que, en materia política, adolecemos los españoles y quienes, de una o de otra forma, podemos integrarnos en la derecha. Advertimos antes que nada que, frente a lo que se cree o se ha hecho creer entre las gentes, el pensamiento de Roldruejo no es en modo alguno revolucionario. Se encuadra en un cierto reformismo, en cuyas finalidades opinamos que es lícito cointerrogar, aunque no se participe de su ideología alejamiento fuera del Régimen. Me explicaré: El pensamiento de Roldruejo puede representar muy bien una izquierda aceptable y aún necesaria dentro del sistema. El punto máximo de discrepancia que con él se advierte es, precisamente, su renuncia a trabajar hoy y a qui por el logro de sus ideales en la legalidad, que, por ser abierta, es reformable. Que sea difícil, no lo negamos; pero situarse extramuros de la legalidad no hace sino favorecer la radicalización de los extremos, agostando así toda posible solución pacífica. Es evidente que el régimen español necesita ir hacia una mayor apertura democrática, devolviendo el control de los que mandan a los ciudadanos que, en régimen de libertad crítica, asuman sus responsabilidades políticas dentro del orden, mínima garantía exigible, por cualquiera, al Estado. Examinada la letra de la ley y el propósito inspi-

rador de ella, parece claro que no hay dificultades doctrinales en coordinar las ideas de Roldruejo en el marco constitucional. Hay, sí, una gran resistencia en la praxis. Resistencia incluso provocada, alentada y mantenida con igual tesón por los extremistas de uno y otro signo. Y es esa resistencia la que tenemos que vencer. ¿Qué ello no es posible? Pues hay que hacer que lo sea. Porque sólo así no habrá fractura insalvable en el futuro. Lo que ocurre —lo que le ocurre a Roldruejo— es que enjuicia el presente y el futuro del Régimen con esquemas ideológicos ya superados o en trance de superación. En 1973, el Régimen

es muy distinto al de 1940. La piel y las entrañas del país han cambiado. Y más hoy en que se han separado Jefatura del Estado y Presidencia del Gobierno. No cabe duda de que cada día que pasa nos acercamos más a un sistema como el propugnado por Dionisio Ridruejo. Y tengo para mí como evidente que el mejor modo de frenar esa progresiva evolución es dejar las banderas de defensa de la libertad y de la democracia en manos de quienes se sitúan fuera del sistema. Entiendo que el núcleo central de aquello a lo que aspira Ridruejo es alcanzable por vía de evolución reformadora de lo actual. Y que en el favorecimiento de esa evolución está la tarea de nuestra hora. No son, pues, discrepancias de fin las que nos separan de Ridruejo. Quizá la nula alusión que hace el autor a la necesidad del mantenimiento de un cierto orden indispensable para lograr sus finalidades. Son más bien discrepancias de método. Opinamos que dentro de la legalidad vigente, con la autonomía necesaria y reconocida por la Ley a toda discrepancia de criterio que la respete, cabe articular una solución de futuro que haga del nuestro un país más democrático, más libre y más justo. Sería muy de desear que los que hoy mandan lean libros como el presente, y quienes los escriben acepten la responsabilidad de la acción legal. En definitiva, que entre unos y otros establezcan de facto —de jure ya lo está— la tan deseada concurrencia de criterios en su debida y actuante articulación.—J. M. R. G.